

8 LA SEXUALIDAD DE LOS ADOLESCENTES Y LOS ENTORNOS DIGITALES

Pablo López Gómez

Antes de empezar a desarrollar algunas ideas que surgidas de nuestra investigación sobre el tema – a propósito de algunas confirmaciones y discusiones que tenemos con el acumulado internacional sobre la cuestión de la socialización sexual de los adolescentes y su interconexión con las redes sociales –, quisiera presentar un poco desde qué lugar institucional surgió la investigación que, con un representatividad considerable (+/- 5% de margen de error) de todos/as los adolescentes de Montevideo y Zona Metropolitana, nos describe cómo están viviendo su sexualidad los adolescentes en los entornos digitales.

La investigación se llevó adelante desde el programa “Género, sexualidad y salud reproductiva” de la Facultad de Psicología (Universidad de la República) en Montevideo. Este programa, antes llamado “Cátedra Libre”, fue uno de los primeros grupos académicos de Uruguay (de todas las disciplinas de la Universidad, no solo de la Psicología), que se dedicó a investigar sobre género y sexualidad y cumplió, en 2019, 20 años de existencia. Llegó 50 años después de escrito *Le deuxième sexe* (DE BEAUVOIR, 1949) y 23 años después de *Histoire de la sexualité* (FOUCAULT, 1976), para poner dos ejemplos de clásicos en nuestras áreas de indagación, por lo que podríamos decir que, en Uruguay, al menos desde la academia, empezamos tarde a trabajar estos temas. Pero lo hicimos de forma intensa y, como probablemente sepan, el país ha hecho enormes avances legislativos en materia de derechos sexuales, derechos reproductivos, diversidad sexual e igualdad de género, que fueron posibles

por una coyuntura política favorable, sin duda, pero apoyados en una acumulación de evidencia científica en el campo del género y la sexualidad, a la que han aportado muchos grupos de investigadores nacionales.

La cuestión del impacto de la tecnología en la socialización sexual de los adolescentes comienza a esbozarse como una línea de desarrollo dentro de nuestro programa muy recientemente y a raíz de experiencias que no tienen que ver con la academia sino con la práctica profesional. Nuestro equipo está conformado por 20 profesionales, 16 psicólogos, 3 sociólogos y un educador social. Varios de nosotros, además de nuestros trabajos en la Universidad, tenemos o tuvimos otras inserciones laborales en la salud, la justicia, el sistema educativo, entre otros, con quienes además establecemos, en ocasiones, vínculos interinstitucionales.

Personalmente, hasta el año 2015 realizaba permanentemente talleres de educación sexual con grupos de niños y adolescentes (ocasionalmente también con adultos), en la educación formal y no formal. Comencé en 2002 y, por aquel entonces, era necesario explicar con gestos y láminas dónde estaba la vulva, que veía si miraba a una mujer desnuda de frente, a qué se le llamaba sexo oral, entre muchas otras cosas. En una técnica de taller clásica, que usábamos a menudo, les pedíamos a los/as adolescentes que hicieran historietas, con la condición de que – en algún momento de la historia – se produjera un embarazo. Esto daba como resultado, casi exclusivo, un cuadro donde una mujer desnuda y abierta de piernas tenía encima a un varón que, cara a cara, la penetraba. Estos indicadores, el desconocimiento de la desnudez y una imagen de relación sexual centrada en el coito más tradicional, nos hablaban de la socialización sexual de los niños y adolescentes de esa época, una socialización no muy diferente a la que habíamos vivido quienes trabajábamos en educación sexual.

Fue a finales de 2012 que, por primera vez, me ocurrió algo distinto. Estaba dando un taller con niños/as de 7 años cuando, una de las participantes levanta la mano, con toda la inocencia que tienen los niños a esa edad y comenta: “yo vi en el teléfono de mi padre una señora que tenía una botella metida en la vulva”. Mi compañera y yo intentamos trabajar con ese emergente, una escena nueva, hija de la tecnología, con la que aún no sabíamos lidiar. A partir de ese momento, las historias de celulares,

computadoras y otros artefactos empezaron a emerger en los talleres de educación sexual. En una de esas instancias, en 2015, un adolescente de 17 años me consultó en privado, después de terminada la instancia grupal. Me planteó: “cuándo voy a tener relaciones sexuales con mi novia, no logro llegar al orgasmo si no estamos viendo pornografía, ¿eso es normal?”. En esos mismos años comenzaron a viralizarse en el país los primeros videos producidos para *sexting* por WhatsApp, salieron a prensa los primeros casos de *grooming* y comenzó una demanda clara, de parte del sistema educativo y de los padres, de información para trabajar con esta nueva realidad. Para quienes trabajábamos en educación sexual en el campo, y para quienes nos dedicamos a investigar sobre estos temas, empezar a indagar sobre el efecto de los entornos digitales sobre la socialización sexual de niños y adolescentes parecía una necesidad obvia y urgente.

Esta larga introducción tiene como objetivo colocar sobre la mesa lo que considero uno de los puntos clave de la discusión: a continuación, voy a presentar algunos resultados de una investigación que no surge exclusivamente de la curiosidad científica sino, principalmente, de la necesidad imperiosa de actualizar los contenidos y las metodologías de la educación sexual formal (de los centros educativos) e informal (de la familia). Y, adelantándome a las conclusiones, cómo toda educación sexual debe basarse en una perspectiva de derechos y responsabilidad apartándose: a) tanto de una tentación alarmista sobre presuntos efectos apocalípticos de los entornos digitales como; b) de una mirada naif que suponga que toda nueva tecnología mejorará las posibilidades de desarrollar la vida de las personas.

Una advertencia inicial

La producción académica de conocimiento sobre TIC, internet y redes sociales ha tenido diferentes interpretaciones por parte de los investigadores y, en ocasiones, las posiciones sobre estos temas se han organizado en un continuo binario que va desde la sacralización de los avances tecnológicos a la demonización y peligrosidad que la revolución tecnológica ha impuesto (LINNE; BASILE, 2013). Aquellos que consideran

los avances, el acceso y el uso de las TIC y redes sociales *online* desde sus aspectos positivos, destacan que las plataformas virtuales ofrecen a los adolescentes espacios para trabajar productivamente en la gestión de sus identidades, interiorizar y tomar consciencia de las normas sociales, socializar con pares, motivar intereses diferenciados, potenciar plataformas de aprendizaje compartidas, dialogar con otros adolescentes sobre cambios comunes propios de la adolescencia, ampliar el universo de conocimiento y acceso a capitales socioculturales, potenciar relaciones afectivas y encontrar soluciones a diversos problemas (SÁNCHEZ-NAVARRO; ARANDA, 2015); quienes se han apoyado en los riesgos de las TIC y las redes, han reforzado la idea de que estas tecnologías exhiben la intimidad, producen relaciones socio-afectivas banales y frágiles, inciden en la construcción de noviazgos violentos, dificultan la construcción identitaria y exponen, sobre todo a los más jóvenes, a una gran diversidad de peligros tales como el *sexting*, *grooming*, cybersexo, cyberacoso, riesgos en la privacidad y riesgos comerciales, entre otros problemas (MORELLI *et al.*, 2016; BOUBETA *et al.*, 2015; VANDERHOBEN; SCHELLENS; VALCKE, 2014; DEL RÍO *et al.*, 2014; CASAS; RUIZ-OLIVARES; ORTEGA-RUIZ, 2013; SÁNCHEZ MARTÍNEZ; OTERO, 2010; AGUSTINA, 2010).

Existen además posiciones intermedias, que, si bien reconocen la peligrosidad de estas tecnologías y enfatizan en construir espacios que potencien el uso seguro y responsable de las TIC y redes sociales *online*, también van a destacar la inmensidad de posibilidades de aprendizaje que estas plataformas posibilitan (FLÓREZ BUITRAGO; RAMÍREZ GARCÍA; RAMÍREZ GARCÍA, 2016; LÓPEZ FERNÁNDEZ, 2014; RIAL *et al.*, 2014). Aun estando al corriente de esto, nuestro equipo se sumergió en la tarea de investigar el tema desde una posición de “no saber”. Habiendo leído evidencia en uno y otro sentido, no siempre contrapuesta sino, muchas veces, complementaria (como señalan las posturas intermedias), nuestra posición personal, en tanto agentes de socialización sexual especializados, no podía ser otra. Si sabemos, por experiencia, que algunas cosas están cambiando, pero otorgarle un signo (positivo o negativo) a ese cambio nos resultaba imposible. Quizá el hallazgo principal, visto desde una posición enormemente implicada como la nuestra, es

que las cosas han cambiado mucho menos de lo que parece y que, en un futuro cercano, se producirán cambios mucho más importantes cuyo signo depende, fundamentalmente, del rol que juguemos las generaciones adultas.

Como marco general: socialización, sexualidad y scripts sexuales

El clásico trabajo de Berger y Luckmann (1972), que todos los que venimos de las ciencias sociales y la educación hemos estudiado, nos introduce en la idea de *socialización* y la separa en primaria y secundaria. Este concepto está muy vinculado también a una definición más propia de la psicología, el llamado proceso de *subjetivación*. Aunque tienen diferencias, si se piensa en este concepto en los términos originales de los autores, el proceso de socialización no se separa de la subjetivación. En su origen estos autores no piensan la socialización separada de una constante negociación interna que se juega en la intersubjetividad. Sin embargo, a veces cuando se habla de socialización de género y/o de socialización sexual, parece deslizarse la idea de que la socialización tiene un efecto de traslado absoluto de los sentidos, la estructura, las racionalidades, etc. de lo social, como si el sujeto no existiera.

Cuando Berger y Luckmann hablan de socialización secundaria dicen: “La socialización secundaria es la internalización de ‘submundos’ institucionales basados sobre instituciones.” (1972, p. 174). Comentan además que:

Los procesos formales de la socialización secundaria se determinan por su problema fundamental: siempre presupone un proceso previo de socialización primaria; o sea, que debe tratar con un yo formado con anterioridad y con un mundo ya internalizado. No puede construir la realidad subjetiva ex nihilo. Esto presenta un problema, porque la realidad ya internalizada tiende a persistir (BERGER; LUCKMANN, 1972, p. 177).

Dos cuestiones sobre esta cita: la primera es subrayar el tema de los submundos institucionales. Acá nos estamos refiriendo a la socialización que sucede en las instituciones que, a temprana edad son principalmente, las instituciones educativas. La segunda, es que eso que lo que los autores señalan como problema (es un tema del contexto de la cita, no es que lo consideren algo malo) es, precisamente, lo que debiera ser el principal valor de la socialización secundaria: ofrecer submundos que cuestionen a la socialización primaria, evitar los efectos de lo que representaría un discurso total de la familia. En cualquier caso, la negociación interna e intersubjetiva es la que nos pone a salvo de un traspaso sin más de las formas de ver la realidad (que existían antes de nuestra llegada al mundo), sea de vía de socialización primaria o secundaria.

No vale la pena hacer una larga disquisición sobre la vigencia del concepto de socialización en estos términos, incluyendo esta cronología que parecía evidente en los 70, primeros se da la socialización primaria y luego comienza la secundaria, con quién coexistiría. A esta altura de los acontecimientos, es innegable que los mensajes del exterior de la familia no solo son recibidos, sino que interactúan con los nóveles miembros de éstas desde su nacimiento en la actualidad. No obstante, la necesidad de un adulto, que ayude a decodificarlos en la temprana infancia, sigue siendo indispensable. Dicho de otra manera: en el mundo actual la socialización primaria y secundaria coexisten desde el principio del proceso de socialización y los emisores de mensajes ya no son sólo sujetos significativos e instituciones, también los medios digitales juegan un rol, ya que no son solo emisores, interactúan, habiendo a veces personas y a veces algoritmos que ya nos están conociendo, desde antes que aprendamos a nombrar el mundo.

Dediquémosle ahora un breve espacio a hablar de **sexualidad**. Los avances de las ciencias sociales y humanas han llevado a la comunidad científica a considerar, con un amplio consenso, que el concepto de sexualidad está en constante construcción y transformación y han llevado también a evidenciar, que las diferentes expresiones de la sexualidad son dinámicas. Ésta siempre está atravesada por una o varias motivaciones, generalmente vinculadas a alguno de sus fines, principalmente el erótico

placentero y/o el reproductivo (RAMOS; FORRISI; GELPI, 2015). En las últimas décadas, cada vez más, las prácticas se orientan mayormente al fin erótico/placentero y se produjo el fin de la clandestinidad del erotismo (BOZON, 2004).

El proceso de socialización incluye, inevitablemente, la *socialización sexual*. Este concepto, que fue estructurante de nuestra investigación refiere a cómo el proceso de socialización construye a los sujetos, en tanto seres sexuados y sexuales, con un inevitable atravesamiento de los mandatos del sistema sexo-género de la sociedad donde son criados. Bajado a terreno, afecta qué desean, cómo lo hacen saber, qué relación tienen con su cuerpo y corporeidad en torno al ejercicio de su sexualidad, qué los seduce y cómo buscan seducir, qué les resulta sexualmente placentero y qué significado y lugar les dan a aquellas personas con las que se vinculan sexualmente, así como qué valor se dan a sí mismos en esas relaciones. Todo esto, se aprende, no como un traspaso de información, sino como una negociación interna entre los guiones sociales transmitidos y el propio deseo, es decir en un proceso de socialización y subjetivación.

Es importante aquí hacer referencia nuevamente a Bozon (2004), considerado uno de los padres de la *Sociología de la sexualidad*, que refiere a los ***scripts sexuales*** como guías de orientación o de lectura que permiten a los sujetos situarse y atribuirle un sentido sexual a las sensaciones, situaciones, palabras y estados corporales.

La tecnología trajo algunas novedades importantes a este proceso: internet, las redes sociales *online* y los smartphones posibilitan la existencia de nuevos sujetos y prácticas, inclusive sexuales. Hasta hace algunas décadas, era impensable que la sexualidad se expandiera al ámbito digital, mientras que, en la actualidad, distintos espacios virtuales (como las aplicaciones para conocer gente y las redes sociales *online*), han alterado la normatividad de las conductas sexuales, provocando que las representaciones culturales de la sexualidad se hayan ampliado (BOZON, 2004; SIBILIA, 2015; BALLESTER *et al.*, 2018). Estas posibilidades de intercambio entre los sujetos habilitan nuevas fantasías, deseos y eróticas. Los significados y sentidos que cobran estas prácticas son singulares y están influenciados por el momento del ciclo de vida en el que se encuentren las personas.

¿Qué buscábamos y cómo?

La idea de este capítulo es trascender la mera presentación de los resultados de nuestras investigaciones, pero para sustentar lo que afirmamos es necesario presentar, aunque sea someramente, qué objetivos perseguíamos, a qué hipótesis respondían y qué caminos elegimos para ir armando las respuestas.

La investigación tiene varios objetivos, pero en este trabajo presentaremos el general y dos de los específicos. El general era: *Describir y analizar los mensajes relativos a la sexualidad que circulan en las redes sociales Instagram y Facebook, sus interpretaciones y su influencia en los modos de relacionamiento y construcción de identidad de los adolescentes residentes en Montevideo y zona metropolitana.*

Los dos primeros específicos eran: a) *Describir como interpretan los adolescentes los distintos mensajes, comportamientos y formas de interacción en las redes sociales, cuándo los vinculan a sexualidad y qué reacciones les generan y; b) Medir el nivel de importancia que le otorgan a los mensajes recibidos en torno a la sexualidad y su efecto en su comportamiento en comparación con otros agentes socializadores (familia, sistema educativo, sistema sanitario).*

El proyecto fue presentado a dos fondos concursables que financiaron su ejecución: el “Innovation Found”, un concurso global que organiza el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y el Fondo Sectorial de Educación de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII), a nivel nacional.

Con estas dos fuentes de financiación recorrimos las siguientes etapas metodológicas: a) Revisión de literatura; b) Observación y monitoreo de las publicaciones de adolescentes en redes sociales, a través de los perfiles de los integrantes más jóvenes del equipo; c) una etapa cualitativa donde se realizaron 5 grupos de discusión, 2 con adolescentes de 15 a 17 años, 2 con adolescentes de 18 y 19 años (unos de clases populares y otros de clases altas) y uno con adolescentes de clase media de 15 a 19 años. Las fases b y c sirvieron para armar la encuesta “a medida”, entendiendo el lenguaje de los adolescentes; d) para la etapa cuantitativa se calculó una

muestra representativa, aleatoria, de adolescentes montevideanos de 365 individuos. Esta muestra sólo permite tres aperturas: sexo, grupo de edad y tipo de barrio (ingresos bajos, medios, altos). Finalmente se analizan 396 casos para la mayoría de las variables y 180 para aquellas que requerían la elección de imágenes. Eso responde a que parte de la muestra se recolectó en hogares, con encuestadores que mostraban las imágenes y otra parte se reclutó *online* (más de 500 casos sobre los cuales se realizó un muestreo *ex post*, en base a la muestra original, los criterios de selección y un criterio de aleatoriedad, aportaron unos 200 casos más a la base); e) existe una quinta etapa (los análisis de *data mining*), cuyos resultados no se presentan en este trabajo.

Para la discusión, los resultados de las fases se van a presentar mezclados. Como no se trata de un artículo sino de un capítulo, priorizando los aspectos comunicativos dejaremos que sean los objetivos los que ordenen la información, comentando lo que dice la literatura, lo que los jóvenes nos transmitieron en los grupos focales y las respuestas y preguntas que nos dejan los datos que arroja la encuesta.

Empieza la discusión: ¿qué agente importa más en la socialización sexual?

Llegado este punto, corresponde presentar la primera hipótesis de trabajo, la idea inicial del proyecto: *Los agentes clásicos de socialización sexual (familia, educación y salud) han perdido importancia frente a los nuevos emisores de mensajes que circulan en el mundo de las redes sociales.* Para intentar una afirmación o negación de esta idea necesitaríamos hacer análisis más finos de los que se presentarán, pero, por el momento, las preguntas son más interesantes que las respuestas. Dejemos que los números hablen, primero un dato de la Encuesta Nacional de Juventud 2008, acerca de las principales fuentes de información de los jóvenes sobre sexualidad. En un menú cerrado de respuestas, los padres con un 39,9% de respuestas y el sistema educativo con el 36% de respuestas eran la principal fuente de información sobre sexualidad en 2008. Los amigos estaban en tercer

lugar, con un 9,1% de las respuestas e internet tenía apenas un 0,4 % de las respuestas (INFAMILIA, 2009). Veamos ahora los resultados de nuestra propia encuesta, ¿cuál es el panorama 2019?

Según nuestro estudio, estas son las fuentes de información más valoradas por los adolescentes sobre sexualidad en general. Aquí importa hacer énfasis en la pregunta, en nuestro estudio les pedimos: “Te proponemos que ordenes, según cuán importantes son para ti, los mensajes sobre sexualidad a nivel general que emiten los siguientes emisores (1 es el más importante, 2 el segundo y así hasta el número que quieras, no tienes por qué valorarlos todos). El resultado fue este: tanto el más importante, como el acumulado entre los nombrados entre los tres más importantes son: 1, Padre, Madre o Tutor (41% Y 80% respectivamente); 2, Profesional de la salud en un centro de salud (21% y 65% respectivamente) y; 3, Taller de sexualidad en tu centro educativo (10% y 60%). La única diferencia significativa es el tema centros de salud, que sube mucho en nuestra encuesta (en la ENAJ 2008 tenía 0,4%) y puede explicar por dos razones: a) la ENAJ pregunta “médico o psicólogo” y, nuestro estudio, “profesional el centro de salud”, que no es lo mismo; b) el desarrollo de los “Espacios de salud adolescentes” como política pública, que comienzan en 2006, era aún muy incipiente en 2008 y gana potencia en 2019.

Podría ser el final de nuestra hipótesis, al final siguen siendo la familia, la escuela y los centros de salud los más importantes. Pero, cuando diseñamos la encuesta nos percatamos de que no es lo mismo preguntar por sexualidad en general, que desglosar los asuntos sexuales en otros tres: a. Cuestiones de sexo seguro; b. estrategias de seducción y; c. prácticas sexuales. Así que tenemos una segunda oportunidad antes de descartar la hipótesis para decir algo nuevo y retomar esa idea de que los espacios tradicionales de socialización sexual están perdiendo terreno.

A través de esta pregunta podemos observar que algunas cosas cambian al desglosar la idea de sexualidad y otras no. Empecemos por lo que no cambia: respecto a sexo seguro, el orden de los primeros tres no se altera para nada. Cabe preguntarse: ¿será que cuando le preguntamos a los adolescentes cuál es su principal fuente de información sobre sexualidad, ellos interpretan que sexualidad es lo mismo que “sexo seguro”? Hay

otras cosas no cambian, los padres no caen más allá del cuarto puesto en ningún caso.

Más allá de esto, aparecen algunas novedades: los amigos son la principal fuente en lo que refiere a prácticas sexuales y estrategias de seducción (más de 80% y 70% respectivamente en el acumulado 1 a 3) y, además, por fin, aparecen los amigos en redes sociales en un segundo puesto en el ítem “estrategias de seducción” (65% en el acumulado 1 a 3). Sin embargo, esto no es para nada suficiente para afirmar que nuestra hipótesis tiene asidero en la realidad. Ya en los grupos focales, al interrogar a los/as adolescentes sobre sus fuentes de información sobre sexualidad, los padres y los centros educativos habían aparecido como las referencias más inmediatas. Además, en esas instancias cualitativas, no había una lista cerrada de dónde elegir, ellos hacían la mención de manera espontánea.

Llegado este punto parecería que la hipótesis no tiene sostén. Sin embargo, aún quedaba un aprendizaje, fruto del trabajo cualitativo, que confirmar a través de la encuesta. Habíamos entendido que era necesario desglosar la idea de sexualidad, pero también habíamos aprendido, por el discurso de los adolescentes, que la “importancia” del mensaje y la “frecuencia” del mensaje no necesariamente estaban asociados.

En los grupos focales, casi de forma unánime, cuando les preguntamos qué mensajes sobre sexualidad eran importantes para ellos, contestaban los de la familia. Pero al preguntar cuán seguido hablaban de estos temas con la familia, las respuestas eran imprecisas y titubeantes, “no mucho” podría ser el estribillo de este discurso. La pregunta: “en los últimos 12 meses has recibido mensajes relativos a la sexualidad desde...” arroja un panorama bien distinto: los tres agentes señalados como más importantes, Familia, Educación y Salud suman un 70% o más de respuestas de “nunca” o “poco frecuente”. De hecho, salvo Salud, el “nunca” supera el 50%.

Sin embargo, si miramos los agentes señalados como “muy frecuente” o “algo frecuente”, los amigos en persona se imponen (un 52%), quedando terceros los amigos de redes sociales (40%) y algo muy interesante: queda segundo “buscando directamente en internet” (41%), a lo que se le agrega un 30% que nombra “YouTube u otras redes sociales”. Eso es una noticia potencialmente buena y mala: la búsqueda de información en la fuente más

grande del mundo es una posibilidad increíble, siempre y cuando tengan capacidad de discernir entre la información que es científica y rigurosa y la que no lo es. Se habla de que la brecha en el acceso a internet ya no la constituyen los que acceden y los que no, sino los que saben decodificar los contenidos buenos de los malos y los que no. La alfabetización digital y el lograr la incorporación de la idea de ciudadanía digital en los/as adolescentes – también en torno a temas como la sexualidad –, es la clave para que esto sea bueno o malo para el futuro. Así que, sin la soberbia de afirmar la hipótesis, cabe hacerle lugar al menos a la duda: los adolescentes valoran la opinión de los agentes tradicionales de socialización sexual, no obstante, estos casi “no les hablan”. Por otro lado, otros agentes si les están enviando mensaje e incluso ellos/as mismos se ponen a buscarlos directamente.

La sexualidad y los guiones sexuales en la red

Para optimizar el poco espacio que queda, mencionaré un tema al pasar que puede representar una novedad y presentaré datos de otro (que suele preocupar mucho al mundo adulto): el *sexting*. Una de las preguntas que nos hacíamos en el estudio era ¿cambiaron los scripts sexuales?, ¿hay nuevos guiones en la red? El Profesor Bozon, que colaboró con nosotros en el proyecto, nos hacía permanentemente esta pregunta: ¿qué cambió?

Entre otros muchos ítems que podría mencionar, la encuesta hizo foco en las formas en las que los adolescentes le quieren indicar a otro/a, a través de las redes, que “les gusta”, es decir, que les gustaría tener algún tipo de relación íntima con él/ella. Dicho gráficamente para los que no somos nacidos en esta época ¿Cuál es el equivalente, en el mundo digital, de una mirada insistente en un baile o de una invitación directa a bailar?

Cuando preguntamos con qué frecuencia le daban “un ‘me gusta’ u otras reacciones positivas en fotos de una persona que los/as atrae para que entienda que tienes interés por ella”, el 72,3% de los encuestados lo consideró algo relacionado con la sexualidad y el 50% declara que lo ve con mucha frecuencia en las redes. Este es uno de los ítems que más

francamente habla de las formas en los que los adolescentes manifiestan su interés en otros en el mundo digital y, la novedad aquí podría estar en la paridad de género.

Quizá esto sea una novedad: por un lado, más del 70% lo hace al menos con algo de frecuencia y es parejo entre varones y mujeres. Entre mucho y bastante ganan los varones (27%) en la primera y las mujeres (25%) en la segunda, pero parece ser (en este intento de ir construyendo qué elementos forman parte del script sexual en redes), que tanto varones como mujeres mandan las mismas señales para hacerle saber a otras personas que les interesa.

Pasemos entonces al tema *sexting*, una de las cuestiones más controvertidas de este asunto. Durante los grupos focales nos llevamos una enorme sorpresa: los más chicos (15 a 17) declararon casi sin excepción que lo habían hecho o lo harían (interrogados sobre mandar desnudos propios) y, los más grandes (18 y 19) declararon ya haberlo hecho. Al equipo le parecía increíblemente alto que esa práctica estuviera ya tan instalada en los guiones sexuales, pero sabíamos que, en grupos focales, para hablar sobre “sexualidad y redes sociales”, podríamos tener un importante sesgo de selección. Los números de la encuesta dicen otra cosa, como veremos a continuación, pero, de todos modos, decidimos abrirlo por edad, dada la pista surgida en la etapa cualitativa.

Primera constatación: no son todos, no son pocos. Sobre el envío de desnudos, en el total, casi el 30% lo hizo y, entre los más grandes (18 y 19 años), casi el 40%. Esta diferencia, como cualquier evento sexual puede ser explicada simplemente por el paso del tiempo, que aumenta la probabilidad de la ocurrencia de cualquier evento en la vida. La recepción sin solicitud parece muy importante, más del 50% en los dos casos. Y finalmente, la conversación explícita llega al 60% del total y 70 % del grupo mayor.

Vale la pena detenerse un instante en lo que dice la literatura académica sobre el sexting. Suele ser colocado como uno de los nuevos peligros de la sexualidad a través de internet, aunque también hay estudios (y nuestros resultados acompañan esa idea) que señalan que el sexting es una práctica socialmente aceptada entre los adolescentes, formando parte de los rituales de “conquista” de un *partener* (VELÁZQUEZ; LÓPEZ; ARELLANO,

2013). De nuevo la pregunta de Bozon, ¿Qué cambio? No mucho según las investigaciones sobre el tema y según lo que sabemos de fenómenos como el sexrevenge y el chantaje sexual: las mujeres son las que más sufren las consecuencias negativas cuando el material, producido en confianza, se distribuye indiscriminadamente.

Sin embargo, podríamos suponer (por los números de nuestra encuesta), que este resultado no es lo más común. Si bien sabemos de casos donde el material producido por el sexting es difundido, la frecuencia de la práctica llevaría a pensar que debiéramos ver muchos más problemas de los que realmente irrumpen en la opinión pública. Esto, desde luego, no les quita dramatismo a los casos donde realmente la desigualdad de género produce consecuencias nefastas para las mujeres y varones no heterosexuales, víctimas de sexrevenge. Ahí todo sigue igual, los varones heterosexuales son los más arriesgados en el sexting, porque son los más impunes a las consecuencias de la difusión de este material.

Pero veamos si tenemos algún número que nos muestre otras diferencias respecto del género como diferenciador de los guiones sexuales del mundo digital. Primero detengámonos en la solicitud de fotos. Las mujeres solicitan menos, pero no mucho menos. El “con mucha frecuencia” es la opción donde se ve la diferencia, pero en el agregado de todas las frecuencias apenas se llega a 6 puntos de diferencia (41% varones, 35 % mujeres). En el envío hay unos 5 puntos, pero son más importantes tomando en cuenta que los que envían no llegan al 20% de la muestra (16% mujeres, 21 % varones). En las conversaciones sexuales, se mantienen esos 6 puntos, pero son menos significativos ya que nos acercamos al 60% de frecuencia del total de la muestra que tienen ese tipo de intercambio. Sin embargo, aquí se nos presenta una gran limitación del estudio, ya que no se nos ocurrió pensar una pregunta fundamental: ¿fue tu iniciativa? Vemos que varones y mujeres se comportan parecido en el sexting, pero ¿quién pide primero o inicia la acción? Quedará para la próxima encuesta, ahora que se nos hace evidente que es un dato importante no indagado.

Para terminar con este tema, les presento el único dato que sí nos pareció preocupante. Si bien el análisis nos indica que hay menos problemas

de los que cabría esperarse de esta práctica, es algo inquietante los bajos porcentajes que aparecen en las medidas de seguridad que toman los adolescentes al realizar esta práctica. Veamos la siguiente gráfica:

Lo más elemental, cubrirse el rostro, es lo más nombrado, pero deja a más de un 40% sin tomar esa medida de seguridad. Lo demás es muy bajo (menos de la tercera parte lo hacen) e incluye cosas como que no se reconozca la casa, objetos personales, la voz o marcas de nacimiento. Esto, indudablemente, expone a un mayor riesgo frente a *sexrevenge* u otras prácticas nocivas.

Conclusiones

Se suele terminar estos escritos concluyendo algo, pero este no será el caso. Presenté nuestras hipótesis, objetivos y algunos resultados. Tenemos algunas conclusiones, pero muy provisorias y las hemos esbozado. Entiendo que lo importante aquí es qué preguntas puede haber despertado este panorama, o qué ideas han ido desarrollando al leer, si surgió alguna.

Quizá, para no parecer timorato, valga la pena resumir algunos pensamientos que nos surgieron a lo largo de la investigación: a) los adultos estamos demasiado lejos de los adolescentes, pero ellos no nos quieren lejos y valoran lo que les transmitimos; b) el mundo digital tiene una capacidad de enviar mensajes muy alta y es responsabilidad de las generaciones adultas enseñarles a los/as adolescentes a decodificarlas; c) los adolescentes tienen una auto regulación mucho más eficiente de lo que creemos en sus prácticas digitales y; d) los guiones sexuales, sobre todo sus diferencias de género, tienen cambios tímidos pero conservan enormes desigualdades que perjudican a las mujeres y a los varones no heteroconformes.

Como dije, que no se lean como conclusiones, son sólo un análisis (absolutamente discutible), de la experiencia que vivimos en este proyecto. Hay que seguir investigando, lo que implica, si hacemos buena academia, seguir discutiendo.

Referencias

- AGUSTINA, J. R. ¿Menores infractores o víctimas de pornografía infantil?: Respuestas legales e hipótesis criminológicas ante el Sexting. *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, (12), 11-44, 2010.
- BALLESTER-ARNAL, R.; CASTRO-CALVO, J.; RUIZ-PALOMINO, E.; GIL-JULIÁ, B.; GIMÉNEZ-GARCÍA, C. Sexo, mentiras e internet. *Revista INFAD de Psicología. International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1(1), pp. 43-52, 2018.
- BERGER, P.; LUCKMAN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- BOUBETA, A. R., SALGADO, P. G., FOLGAR, M. I., GALLEGU, M. A., & MALLOU, J. V. EUPÍ-a: Escala de Uso Problemático de Internet en adolescentes. Desarrollo y validación psicométrica. *Adicciones*, 27(1), 47-63, 2015.
- BOZON, M. “La nouvelle normativité des conduites sexuelles ou la difficulté de mettre en cohérence les expériences intimes”. En: Marques, J. (Ed.): *Normes et conduites sexuelles. Approches sociologiques et ouvertures pluridisciplinaires*. Louvain-la Neuve: Academia Bruylant, 2004.
- CASAS, J. A.; RUIZ-OLIVARES, R.; ORTEGA-RUIZ, R. Validation of the internet and social networking experiences questionnaire in spanish adolescents. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 13, 40-48, 2013.
- DE BOUVOIR, S. *Le deuxième sexe*. París: Gallimard, 1949.
- DEL RÍO, M.; DEL BARCO, B.; CASTAÑO, E.; CARROZA, T. Cyberbullying en tercer ciclo de Educación Primaria: variables moduladoras y consecuencias sobre la ansiedad. *Apuntes de Psicología*, 32(1), 5-14, 2014.
- FOUCAULT, M. *Histoire de la sexualité*. París: Gallimard, 1976.
- INFAMILIA. *Uruguay: jóvenes y adolescentes dicen. Encuesta nacional de adolescencia y juventud 2008*. Montevideo: Ministerio de Desarrollo Social, 2009.

LINNE, J.; BASILE, D. La discoteca virtual. Búsqueda de pareja en adolescentes de sectores populares a través de Facebook. *Razón y palabra*, 17 (85), 297-316, 2013.

LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. C. TIC y redes sociales en educación secundaria: análisis sobre identidad digital y riesgos en la red. *Etic@ net*, 2(14), 162-175, 2014.

MORELLI, M.; BIANCHI, D.; BAIOTTO, R.; PEZZUTI, L.; CHIRUMBOLO, A. Sexting, psychological distress and dating violence among adolescents and young adults. *Psicothema*, 28(2), 137-142, 2016.

RAMOS, V.; FORRISI, F.; GELPI, G. “Nociones básicas sobre género, sexualidad y diversidad. Un lenguaje común”. En: López, P. (coord.). *Salud y Diversidad Sexual. Guía para profesionales de la salud*. Montevideo: UNFPA, Udelar, MSP, ASSE, 2015.

RIAL, A.; GÓMEZ, P.; VARELA, J.; BRAÑA, T. Actitudes, percepciones y uso de internet y las redes sociales entre los adolescentes de la comunidad gallega. *Anales de Psicología*, 30(2), 642 - 655, 2014.

SÁNCHEZ-MARTÍNEZ, M.; OTERO PUIME, Á. Usos de internet y factores asociados en adolescentes de la Comunidad de Madrid. *Atención Primaria*, 42(2), 79-85, 2010.

VANDERHOVEN, E.; SCHELLENS, T.; VALCKE, M. Educating Teens about the Risks on Social Network Sites. An intervention study in Secondary Education (Enseñar a los adolescentes los riesgos de las redes sociales: una propuesta de intervención en Secundaria). *Comunicar*, 22(43), pp. 123-132, 2014.

VELÁZQUEZ, M.; LÓPEZ, S.; ARELLANO, A. *Sexting: La sexualidad responsable también debe ejercerse en las redes sociales*. XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología, Santiago de Chile, 2013.

SABER E CRIAÇÃO

NA CULTURA DIGITAL

DIÁLOGOS INTERDISCIPLINARES



ORGS.

NÁDIA LAGUÁRDIA DE LIMA

MÁRCIA STENGEL

MÁRCIO RIMET NOBRE

VANINA COSTA DIAS

FINO TRACO

FEI
EDITORA

SABER E CRIAÇÃO

NA CULTURA DIGITAL

DIÁLOGOS INTERDISCIPLINARES

NÁDIA LAGUÁRDIA DE LIMA

MÁRCIA STENGEL

MÁRCIO RIMET NOBRE

VANINA COSTA DIAS

ORGANIZAÇÃO

Fino Traço Editora Ltda.

© Nádia Laguárdia de Lima, Márcia Stengel, Márcio Rimet Nobre,
Vanina Costa Dias

Este livro ou parte dele não pode ser reproduzido por qualquer
meio sem a autorização da editora.

As ideias contidas neste livro são de responsabilidade de seu autor e não
expressam necessariamente a posição da editora.

Este livro foi custeado com recursos do Programa de Apoio à Pós-Graduação
(PROAP) da Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior
(CAPES). Distribuição gratuita.

CIP-BRASIL. CATALOGAÇÃO NA PUBLICAÇÃO SINDICATO NACIONAL DOS EDITORES DE LIVROS, RJ

S119 Saber e criação na cultura digital: diálogos interdisciplinares / organização Nádia
Laguárdia de Lima, Márcia Stengel, Márcio Rimet Nobre, Vanina Costa Dias
[et al.]. – 2 ed. ebook – Belo Horizonte [MG]: Fino Traço, 2021.

240 p. ; 23 cm.

Inclui bibliografia

ISBN: 978-65-89011-15-6

1. Comunicações digitais. 2. Comunicação e cultura. 3. Sociedade da informação.

I. Lima, Nádia Laguárdia de. II. Stengel, Márcia. III. Nobre, Márcio Rimet.

IV. Dias, Vanina Costa.

21-69259

CDD: 303.4833

CDU: 316.772.5

Angela Vorcaro (UFMG)

Cássia Beatriz Batista (UFSJ)

Cristina Ponte (Universidade Nova de Lisboa)

Diana Gonçalves Vidal (USP)

Mario Elkin Ramirez (Universidad de Antioquia, Colômbia)

Mônica Maria Farid Rahme (UFMG)

Rose Gurski (UFRGS)

FINO TRAÇO EDITORA LTDA
www.finotracoeditora.com.br